

Ediciones BISTAGNE

PUBLICA QUINCENALMENTE, LA MÁS SELECTA COLECCIÓN DE
NOVELAS, TITULADA

Biblioteca "Nuestro Corazón"

NÚMEROS PUBLICADOS

1 **La que se hizo amar**, por Marcel Priollet.— 2 **Nada se borra**, por Max Dervieux.— 3 **La esposa y la amiga**, por José Baeza Valero.— 4 **El hombre que no servía para nada**, por Jorge Clary.— 5 **La falta del hombre**, por René Trotet de Bargis.— 6 **Mujeres...**, por Francisco-Mario Bistagne.— 7 **Lecciones de la vida**, por Félix Léonnec.— 8 **La primavera reflorece**, por Michel Nour.— 9 **El señor Francisco**, por Francisco-Mario Bistagne.— 10 **Alas rotas**, por Andrés Bayón Belio



En breve aparecerá el 11.º volumen

A LA DERIVA...

Biblioteca "Nuestro Corazón"

está lujosamente presentada, consta de 66 páginas de
buen texto y

su precio es el de **UNA PESETA**

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 341

25 Cts.



LA PRESA
DEL VIENTO

19
POR
Sandra
Milowanoff
Filmoteca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

EDICIONES BISTAGNE

Redacción | PASADJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración | Teléfono A-4423

Año VII BARCELONA N.º 341

La Presa del Viento

Interesante novela dramática interpretada por:
*Sandra Milozwanoff, Lilian Hall Davis,
Jean Murat, etc.*



EXCLUSIVA DE

Julio César, S. A.

Aragón, 292

Con esta novela se regala la postal fotografía de
Gwen Lee

*Revisado por la
censura gubernativa*

Linotipia :: Carmen, 20 :: Barcelona

La Presa del Viento

— :: —

Argumento de la película

Pierre Vignal, as de la aviación francesa, había emprendido un importante viaje de inspección en tierras extranjeras, pero tuvo que regresar a mitad del recorrido por haber creído prudente no atravesar un país de los Balkanes, donde había estallado, imponente, trágica, la revolución.

En efecto, la sangre teñía las calles del pueblo levantado en armas contra el poder reinante, al que se logró derrocar.

Las víctimas fueron muy numerosas. Las que no fueron fusiladas gemían en horribidas cárceles confundidas con los malhechores de la peor calaña.

Entre las infortunadas mujeres presas, reconocidas como partidarias del antiguo régimen, por su condición social, se hallaban Elena y su madre, joven y bella la primera y anciana y enferma la segunda.

Estas dos nobles damas — nobles en el doble sentido de la palabra — habían sido detenidas como personas sospechosas e indeseables y esperaban en una celda común de la prisión mixta la sentencia que sus enemigos dictasen contra ellas.

Aquella mañana Elena fué llamada de un modo extraño por su madre y la infeliz hija vió que la anciana, aquejada de tenaz enfermedad, daba alarmantes señales de complicaciones graves en su dolencia.

—Madre mía, hábleme... No me asuste, madre... Voy a pedir auxilio — díjole acariciándola como mejor supo y dominando su emoción.

—Hija... mi Elena... Estoy mal... mal... pero no te aflijas... No llames, no... No vendrán... Son crueles... — balbució la enferma, que sentíase cercada por la muerte.

Pero Elena, colocándose junto a la puerta de la celda común y mirando por la rejilla de aquella dijo a un cancerbero, suplicante, no ocultándosele la agonía del querido ser:

—Mi madre se muere. ¿No podrían conducirla de urgencia al hospital?

El guardián, que hablaba con otro, no le hizo caso, excusándose en que no podían perder el tiempo en sentimentalismos, y Elena rompió a llorar desconsoladamente.

En aquel momento Jorge, el joven esposo de Elena, que como ésta y su madre había sido también detenido, era puesto en libertad por el director de la cárcel, quien le dijo:

—Ninguna prueba aparece contra usted, por lo que queda en libertad; pero solo, puesto que, no habiendo terminado el interrogatorio a que hemos de someter a su esposa y a su madre política, éstas continuarán en prisión.

—¡Oh! ¡Os ruego, señor, que las libertéis pronto! ¡Ellas son inocentes, lo más inocentes que podáis imaginar! ¡Cómo deben sufrir, las pobres!

—La justicia seguirá su curso, y se hará justicia, no le quepa la menor duda.

Jorge salió del despacho del director y al cruzar un pasillo vió detrás de la mirilla de la celda común a Elena y acércose para besarla y darle esperanzas de próxima liberación.

—¡Oh, Jorge! ¿Qué ocurre? — preguntó Elena, esforzándose por asomar su rostro entre las rejas.

—¡Estoy libre!

—¿Y nosotras, Jorge? ¡Mamá está muy enferma... se va a morir y tengo miedo!

—No temáis. Pronto saldréis de aquí. Tan pronto me reúna con nuestros amigos...

No le dejaron terminar. Los guardianes le apartaron rudamente de la puerta de la celda y le obligaron a volver a la suya donde recogería sus cosas para ser puesto en libertad.

Las compañeras de cautiverio de Elena, verdaderas calamidades sociales, a cual más antipática y repugnante, rodearon a la infortunada esposa y desgraciada hija, y le dijeron, biliosas:

—No se pone en libertad más que a los que delatan a los otros. Tu marido es un delator que traiciona nuestra causa.

—¡Mentira! ¡Mentira!

—¡Sí, es un delator, un cobarde!

—¡No, no! ¡Eso es falso! ¡Mi marido es incapaz de una traición!

—¡Ja, ja, ja! ¡Tan traidora eres tú como él!

—¡Callad!

—¡Traidores! ¡Traidores los dos!

Pero las voces de recriminación, dictadas por la envidia, enmudecieron, pues Elena revelaba, con su rostro agrandado por el terror, la nueva tragedia que enlutaba su dolorido corazón.

¿Sería verdad lo que presumían?

Como un autómatas Elena aproximóse al le-

cho donde reposaba su madre y vió — ¡oh fatalidad! — a la pobre mujer con un brazo colgando del lecho, la cabeza hundida en la dura almohada, y el pequeño crucifijo que la agonizante estuvo besando hasta poco antes, en el suelo.

Elena dió un grito que hizo estremecer a las demás compañeras de encierro.

¡Su madre estaba muerta!

Las presas que la maltrataron de palabra acusando a su marido de traidor, sobrecogidas de temor arrodilláronse ante el cadáver de la inocente anciana y sus labios bisbisaron unos rezos; en tanto que Elena, desesperándose, maldecía con toda su alma a los causantes de aquella irreparable desgracia.

¡Ah! Si hubiera tenido a los culpables a su alcance, estaba segura de que les haría pagar con su vida la de su madre!

Por un momento, al ver al idolatrado ser inerte en la cama, pensó en pedir rápido auxilio, y fué a golpear furiosamente la puerta de la celda, pero los dos guardianes que hacían la ronda en la prisión se encogieron de hombros, suponiendo que era el furor lo que hacía desgañitarse a Elena.

Y nadie, aparte de las mujeres encerradas en la celda, tuvo conocimiento de aquella muer-

te hasta la hora en que los cancerberos dieron a las detenidas la cena.

Elena les recibió agresivamente y los guardianes tuvieron que reducirla a la impotencia, pues los arrebatos de la huérfana eran tan terribles que no veían muy seguros sus ojos y su rostro todo.

¡Era tan legítimo su odio! No siendo mala, Elena, por vengar a la muerta, no se hubiera detenido ante nada, si la hubiesen dejado obrar.

Pero lo único que logró fué que la encerrasen en otra celda, aislada, considerándola peligrosísima.

*
**

Un año después salía de París el aviador Vignal hacia Moscou, siguiendo sus constantes viajes de estudios.

El viaje actual lo efectuaba para la creación de una nueva línea comercial, y los directores de la empresa fiaban en su pericia para el éxito de la tentativa.

Cuando volaba sobre la región de Slovaquia el avión fué detenido en su avance por el viento furioso que soplabla y apresado en una densa masa de nubes.

Por más que hizo para atravesar el peligro, Vignal tuvo que decidirse a aterrizar a toda costa, para salvar su vida y el aparato.

Pero, observando la tierra desde las funestas alturas, no vió más que árboles, bosques...

No tenía tiempo que perder. Fué descendiendo y al propio tiempo observando el terreno, buscando un sitio a propósito para aterrizar.

Vió de pronto en medio de un gran bosque un castillo y frente a éste un parque de regulares dimensiones.

Y como dicho parque era el único punto en que podía aterrizar, no titubeó en hacerlo, pues le iba la vida en ello; pero tuvo la desgracia de chocar, cuando todo parecía resuelto, con una estatua del parque, y, por efecto del brusco choque, él fué lanzado a distancia del avión y éste sufrió importantes desperfectos.

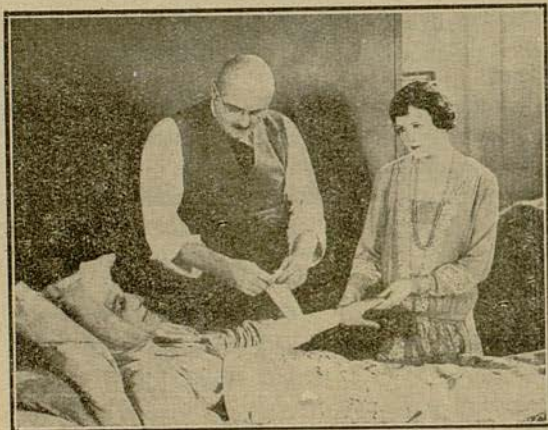
Vignal, el héroe del aire, quedó ensangrentado sobre la pardusca arena.

Por fortuna, aquel castillo, aunque situado entre inmensos bosques, cual un mundo perdido, estaba habitado, y al ruido que produjo el motor del avión al aterrizar y el choque sufrido en el jardín de la mansión, acudieron varias personas en auxilio del aviador.

Y así, cuando Vignal recobró el conocimien-

to, vió ante él, en pie, mirándole cariñosamente, a una dama joven, bella y distinguida.

¿Dónde estaba? Fué recordando y sus ojos contemplaron asombrados, llenos de gratitud



—¿Está usted mejor?

y admiración, a la suave visión que había estado esperando su despertar.

Esa dama era la condesa Isabel de Catchiez y todo en ella justificaba su título nobiliario.

Vignal se esforzó por hablar, pero la condesa se le anticipó y le dijo tiernamente:

—¿Está usted mejor?

Sus palabras cayeron como bálsamo en el corazón de Vignal. ¡Qué criatura tan delicada! ¡Cuán aliviado se sentía al oírla y al sentirla junto a sí!

El aviador hizo un gesto afirmativo con la cabeza y sus ojos expresaron el reconocimiento que experimentaba hacia su salvadora.

La condesa continuó:

—Afortunadamente para usted y para nosotros en esta casa vive un médico, un buen amigo de la familia. Gracias a esta circunstancia usted está ya fuera de peligro y nosotros tenemos la satisfacción de haberle salvado la vida.

Vignal sonrió a la dulce mujer, asintiendo a cuanto ella decía.

Acto seguido la condesa le presentó al citado doctor y luego a un hombre joven, al que nosotros ya hemos tenido ocasión de conocer al principio de esta narración, pues no era otro que Jorge, el esposo de Elena.

—Mi cuñado — dijo la condesa.

Vignal saludó a los dos hombres y consideró feliz dentro de su desgracia por haber caído en manos tan solícitas.

Los directores de la empresa comercial de que dependía el gran aviador estaban intranquilos sin recibir noticias de Vignal, pero al fin

éste pudo comunicarles por telégrafo que se hallaba fuera de peligro y que reemprendería el viaje tan pronto estuviera completamente restablecido.

Durante un mes el aviador guardó cama, recibiendo las más delicadas atenciones de la condesa, del doctor y de Jorge, y durante ese tiempo en su corazón nació un deseo parecido a un fuego que no lograba apagar con nada...

En efecto, la condesa había prendido en Vignal la ilusión del primer amor. Era tanta la afinidad de sus sentimientos que él se sentía irresistiblemente atraído por la fuerza magnética de ella.

Cuando la condesa, para distraerle, le leía, por sesiones, un libro, Vignal la observaba en éxtasis, como si tuviese delante una imagen divina...

Y llegó a quererla tanto, que dió gracias al Cielo por haberlo mandado desde allá arriba a ella, aun a riesgo de matarse.

Después de aquel mes de postración en el lecho Vignal se levantó y paseábase por su habitación, no permitiéndole el doctor salir todavía.

La condesa no dejaba de ir a visitarle varias veces al día y solían pasar agradables momentos platicando, a solas muchas veces, y acompañados del doctor y Jorge otras veces.

Cierta tarde, la condesa, al visitar como de costumbre al aviador, le dijo:

—No verá usted durante algunos días a mi cuñado ni al doctor, pues ambos han salido de viaje. De modo que, aparte de la servidumbre, estamos solos.

Vignal estuvo a punto de contestarle que él no necesitaba en el castillo a nadie más que a ella, pues los dos ausentes no le interesaban ni la centésima parte, pero haciendo un movimiento de cabeza manifestó discretamente su deseo de tenerla lo más posible a su lado, para hacerse compañía en su mutua soledad.

Tomaron el te como dos excelentes amigos y saborearon las delicias de un cigarrillo turco.

De pronto Vignal interrumpió la plática que sostenía con la adorable castellana, y dijo a ésta, prestando atención:

—No estamos tan solos como usted acaba de decirme, puesto que, a juzgar por esos repetidos golpes, hay obreros en la casa...

La condesa repuso, haciendo un mohín:

—Sí, es cierto... Están haciendo reparaciones en un ala del castillo. Recomendé a los trabajadores que no hicieran ruido, pero es inútil. Esa gente es tan distraída, que no hace caso de mi recomendación. Permítame un momento... Voy a avisar que cese ese escandaloso repiqueteo.

—¡Oh, condesa! Por mí no se moleste...

—Es que ya empiezo a tener dolor de cabeza, y a usted le conviene mucha tranquilidad.

La noble damita salió de la habitación de Vignal y durante su ausencia el aviador, ilusionado como un niño, apoderóse del cigarrillo que ella dejara en uno de los bordes *ad hoc* del cenicero y lo llevó a su labios, saboreando con su perfume el aroma de la boca de la amada.

La condesa no tardó en regresar, y como no tuvo tiempo de devolver a su sitio el citado cigarrillo, terminó de fumárselo y ella dió cuenta del de Vignal, y casi se podía asegurar que disimuló no haber notado el cambio...

Indudablemente la condesa y el aviador se querían.

Unos pocos días después Vignal pudo efectuar su primera salida. La condesa, exquisitamente amable, ofrecióse a acompañarle en el paseo matinal por los bosques inmediatos a la mansión, y al detenerse después de una buena caminata, sentándose en el suelo, frente a un magnífico paisaje, el intrépido aviador, revelando cada vez más su pasión, le preguntó con melancolía:

—¿Permanecerá usted siempre prisionera en estos bosques?

La condesa, exhalando un profundo suspiro, replicó:

—¿Dónde voy a ir? Yo no tengo familia. Mi madre ¡oh, Dios mío! murió en la cárcel, donde fué injustamente encerrada con Elena, mi hermana, por delitos políticos imaginarios. Mi cuñado Jorge, esposo de Elena, también fué preso, pero quiso el azar que lo pusieran en libertad.

—¿Y su hermana, no fué libertada?

—¡Pobre Elena! También murió.

—No llore usted, condesa. Lamento haberle recordado el pasado.

—No debe reprocharse nada. Es un alivio para mí el poderme confiar a un amigo como usted. ¡He sufrido tanto! Desde entonces vivo desterrada en este castillo sin más compañía que mi cuñado y su amigo el doctor.

—¿Y no piensa usted hacer nunca más otra vida?

—¡Quién sabe!

Cesó la conversación, entregándose la condesa a la amargura del recuerdo y Vignal a forjar proyectos para el porvenir. ¡Si ella quisiera!...

Emprendieron el regreso al castillo, y ya en el parque le preguntó el aviador:

—¿Vendrá usted a jugar una partida de ajedrez después de cenar?

—Iré.

En aquel instante vió la condesa al doctor. Este acababa de volver del viaje con Jorge. La noble dama fué a su encuentro al tiempo que el médico iba al suyo, y cambiaron algunas palabras en voz baja. Luego la condesa dirigióse a Vignal y se disculpó de tener que dejarle en seguida.

—Perdóneme... Mi cuñado ha regresado y me llama.

Despidiéronse afectuosamente, y mientras la condesa se entrevistaba, con cierto misterio, con Jorge, Vignal se retiraba a su habitación para esperar febrilmente, matando las horas leyendo, la hora en que la bella castellana iría a jugar al ajedrez.

Pero el aviador sufrió un desengaño al recibir, llegada la hora, y en lugar de la condesa, la siguiente carta suya:

Un trabajo urgente me impide verle esta noche. Mi cuñado me retiene. Mañana nos veremos. Perdona que le deje solo.

Isabel

Tal desencanto cuando más ilusionado es-

taba le hizo tomar una decisión ante la cual antes vacilaba, y redactó este telegrama:

*Nauthiez - Aviación - Le Bourget.
Estaré en París a fines de esta semana.*

Vignal

Si, partiría sin más demora. La condesa, no acudiendo a su habitación aquella noche, le demostraba que él no era para ella lo que el enamorado aviador pretendía con toda su alma. Sin duda, todas las atenciones que ella le dispensara hasta entonces obedecían tan sólo a la ley de la hospitalidad. Era, pues, preferible cortar el mal por lo sano, alejarse, olvidar...

Vignal dejó sobre una mesita el texto del telegrama que cursaría al amanecer y, creyéndose solo en aquella ala del castillo, salió de su cuarto y paseó lentamente por un largo corredor.

De súbito vió abrirse a un lado del pasillo un cortinaje y aparecer, detrás de una puerta cerrada con maderos clavados en forma de reja, una mujer joven y también bella...

¿Cómo? ¿De dónde salía aquella mujer, a la que él no había visto nunca en la casa?

La desconocida le llamó por señas y, cuando Vignal se aproximó a ella, le dijo:

—¿Es usted el aviador que cayó frente a mi ventana hace más de un mes?

Vignal asintió, sorprendidísimo por el tono confidencial en que le hablaba la ignorada habitante del castillo.

—Pues óigame usted... Después de la llegada de usted mi hermana y mi marido me secuestraron. Aquí se está preparando una infamia, un crimen terrible...

—¿Qué dice usted?... ¿Quién es usted?

—Yo soy Elena, la hermana de Isabel.

—¿Usted Elena? Pero...

¿No le había dicho la condesa que Elena murió también? ¿Qué significaba aquello?

Se oyeron pasos. Alguien se acercaba... Elena, temblorosa, se dispuso a ocultarse tras el cortinaje, pero antes suplicó a Vignal, que estaba atónito:

—Venga usted una noche aquí. Sólo usted me podrá salvar. ¡No me abandone usted!

Vignal escondióse a su vez, para no ser descubierto, y de regreso a su cuarto vió el texto del telegrama que había preparado para la Compañía por cuenta de... efectuaba viajes de estudios.

¿Qué hacer? ¿Debía mandarlo?

Meditó breves momentos, y las súplicas de Elena, a quien, al parecer, la condesa tenía secuestrada, y el misterio que encerraba aquel

castillo, le decidieron a seguir permaneciendo en él.

Rompió, pues, el telegrama, y apenas lo hubo hecho llegó a su cuarto la condesa, envuelta en una lujosa bata.

¿Qué quería a aquella hora?

Sonriente, Isabel dijo a Vignal:

—Le deseo una buena noche y me voy. He venido personalmente a suplicarle me disculpe por no haber cumplido mi promesa. Adiós... Mañana le esperaré en el parque para dar un paseo.

El aviador iba de desconcierto en desconcierto y en su espíritu afirmóse la idea de que la condesa había ido a verle para asegurarse que estaba en su cuarto, desde donde no podía ver lo que ocurría en el castillo...

Al día siguiente, Vignal se hallaba en el jardín de la mansión.

La condesa había salido de mañana a dar una vuelta por los bosques con Jorge y el doctor; y cansado de esperarla, Vignal inició el retorno al castillo al tiempo que caía a sus pies un papel procedente de una de las ventanas del edificio y que la condesa, de regreso del paseo, le llamaba desde lejos...

Disimuladamente Vignal se hizo con el papel, y la condesa, al darle alcance, le dijo, afablemente:

—Perdóneme usted. También esta mañana le he dejado a usted muy solo.

—No se preocupe, condesa. Demasiado ha hecho usted por mí, y como me siento ya com-



...y que le había escrito Elena.

pletamente restablecido, he resuelto marcharme.

Ella le miró fijamente, de un modo intenso, y preguntó:

—Entonces ¿nada le retiene a usted ya aquí?

Vignal, que la amaba sinceramente, la atrajo irresistiblemente hacia sí, pero, reaccionando bruscamente, repuso:

—Ante todo he de hacerle una pregunta...

—Hable usted... ¿Qué ocurre?

Nada más pudo decirle Vignal, pues el doctor llamó a la condesa.

—Debo dejarlo ahora — excusóse Isabel—. Esta noche iré a verle a su habitación y hablaremos.

Cuando quedó solo, el aviador leyó el papel que le arrojaron desde una ventana y que le había escrito Elena.

Decía así:

Peligro inminente. Le ruego venga a medianoche donde nos vimos ayer.

¡Diablo! ¡Qué extraño era todo aquello!

En tanto, en un saloncito del castillo, Jorge y el doctor hablaban con un tercer personaje, llegado allí misteriosamente...

**

Aquella noche, mientras esperaba a la condesa, deseoso de tener una explicación con ella, Vignal vió abrirse repentinamente la puerta de su habitación y entrar en ésta a Elena, como si alguien la persiguiese.

—¡Usted, señorita! — exclamó Vignal.

—¡He podido escaparme! — dijo Elena.

—Usted no puede permanecer aquí. Si alguien entrase...

—No me buscarán aquí. ¿Quién puede venir a esta hora a su habitación?

Vignál, que temía que se presentase de un momento a otro la condesa, indicó a Elena una puerta del fondo, que comunicaba con otras piezas, y le manifestó que, en caso de llegar alguien, huyese por dicha salida, para que nadie la viese.

Atropelladamente, como si le faltase tiempo para hablar, Elena explicó al aviador su tragedia:

—¡Mi marido y mi hermana son unos criminales! Son espías que han traicionado la causa de nuestro Rey. Me han secuestrado porque yo lo sé todo; y desean mi muerte. Sólo usted me puede salvar.

—No tema. Yo la ayudaré. Pero conviene obrar con prudencia.

En tan crítico momento abrióse una puerta secreta practicada en la pared y cuya existencia ignoraba Vignál y presentóse ante éste y Elena la propia condesa, quien, al ver allí a su hermana dió un grito y desapareció presto. También Elena se asustó, y de cada vez era más difícil la situación del aviador en aquella misteriosa mansión.

La condesa fué a dar aviso a Jorge de lo que ocurría, y éste, tan asustado como Isabel, corrió hacia la habitación del huésped fran-

cés, llegando a tiempo de evitar que Elena huyese.

Al ver a su marido, al que seguían los criados, Elena desmayóse, y Vignál, a pesar de su



La condesa fué a dar aviso a Jorge...

intento, no pudo detener a Jorge, quien tomó en sus brazos a su esposa, diciéndole al aviador, al que dirigió una furiosa mirada:

—Señor, yo le daré explicaciones de todo mañana. Por el momento deje usted que me cuide de mi esposa.

... Poco después todo dormía en la casa.



...Elena desmayóse...

Elena, en su cuarto, donde era constantemente vigilada por una señora de edad digna de la confianza de Jorge, fingía dormir, pero cuando vió que su guardiana dormía, saltó del lecho y salió al parque, desde el cual arrojó

unas piedras a los cristales de la ventana del cuarto de Vignal, para llamar su atención.

El aviador, que no se había acostado todavía, se asomó al jardín y vió a Elena que le hacía seña de reunírsele en seguida.

Vignal ató unas sábanas y se deslizó por la ventana al parque.

—¿Qué ocurre? ¿Se encuentra usted ya bien del desmayo? — preguntóle a Elena.

—Sí, sí... Pero no perdamos tiempo. ¡Es necesario huir! Mañana sería tarde y vendría la muerte para los dos.

—Cálmese... Su marido me dijo que me explicaría...

—¡No lo crea! Ellos saben que se lo he contado a usted todo y le matarán y a mí también para que todo quede ignorado.

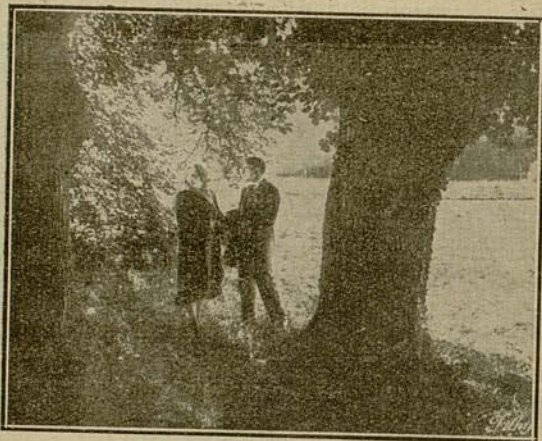
—Huyamos, pues.

—En el *garage* encontraremos el coche de mi marido.

Corrieron al *garage*, subieron al potente *auto* de Jorge y huyeron hacia el pueblo vecino.

En aquellos momentos la guardiana de Elena se daba cuenta de su desaparición, y avisado Jorge, que avisó a su vez al doctor y a Isabel, los tres oyeron el ruido del motor del coche al embragar y en otro coche salieron en persecución de los fugitivos.

Fué una carrera a muerte. Elena, al ver a sus perseguidores cada vez más cerca, se puso en pie en el *auto* y gritaba desafortadamente:



—*Cálmese... Su marido me dijo que me explicaría...*

—¡Criminales! ¡Criminales! ¡No podréis cogernos! ¡Bandidos!

Vignal trató de obligar a Elena a sentarse, pues corría peligro de caerse, y al negarse rotundamente a obedecerle, ella le hizo abandonar el volante y en un pronunciado viraje la

infeliz fué despedida violentamente del coche y éste, sin mando, fué a estrellarse contra un árbol.

Elena quedó muerta en el acto y Vignal resultó herido.

Jorge, al ver a Elena muerta, sacóse un revólver y apuntó a Vignal, para vengarse. Pero Isabel impidió el nuevo drama, consolando a su hermano en tanto que el doctor, tomando aparte al aviador, le decía:

—Marche usted al pueblo vecino y espéreme en la posada. Allí se lo explicaré todo.

Vignal echó a andar como un autómatas, pero herido y enfebrecido por tantas emociones, cayó sin sentido al borde de la carretera y fué recogido por unos campesinos que lo condujeron al hospital de la ciudad.

Algunos días después, el castillo misterioso se cerraba. Ya no había nadie en él...

*
**

Cuando Vignal curó pudo visitar la posada del pueblo. El patrón le entregó una carta del doctor en el reverso de cuyo sobre leyó la siguiente nota:

Lamento no haberle encontrado en esta posada, como quedó convenido. ¡Tengo tantas cosas que contarle! Quería enviarle esta carta, pero desconociendo su dirección la dejo aquí al azar.

Doctor Massaski

Abrió el sobre y leyó la carta contenida en él. Era de Isabel y decía así:

Amigo mío:

El doctor que le entregará esta carta se lo explicará todo. Dejamos el castillo y regresamos a nuestro país donde el deber nos llama. Yo no debo pensar más en usted.

Adiós.

Isabel

¡Qué tortura fué para él no poder saber la verdad de lo ocurrido!

Pasó un año y Vignal, que se hallaba en París, no había vuelto a ver a la condesa, pero no logró olvidarla y procuraba en vano distraerse.

Hasta que cierto día recibió una carta del doctor Massaski en la que éste le pedía una entrevista en un hotel.

Acudió Vignal a la cita y se desgarró el velo de la realidad.

Así le habló el doctor:

—La pobre Elena había sufrido tanto en la prisión que cuando la pusieron en libertad había ya perdido el juicio, por lo que tuvimos que recluirla en el castillo. Se quiso ocultar a usted esta triste situación, y la ignorancia en que estaba de la verdad fué la causa de todo el drama en el que la fatalidad hizo que fuese usted uno de los protagonistas... Después de la muerte de Elena abandonamos el castillo para provocar en nuestro país una revolución. Seguramente sabe usted ya el fracaso de esta tentativa y la suerte que corrieron los que en ella tomaron parte.

—¿Y la condesa? — preguntó, lleno de angustia, Vignal.

—Amigo mío...

—¿Muerta también?

Se retorció desesperadamente las manos, pe-

ro de súbito sintióse tocado en un hombro, levantó la vista y vió ante sí a Isabel sonriéndole.



...levantó la vista y vió ante sí a Isabel.

—¡Usted!

—Sí, yo, Pierre... Yo, que he querido saber si después de tantos días de infortunio mi recuerdo le era aún querido...

—¡Oh, condesa, Isabel, mi amada! Yo no sabía...

—Entonces ¿me quieres?

—¡Quererte es poco, amor mío! ¡Te necesito para vivir!

Y fueron tantas las demostraciones de cariño que se hicieron, que el doctor tuvo que eclipsarse para no derretirse de envidia...

FIN

Próximo número EXTRAORDINARIO
sábado, 28 del corriente

La sentimental novela:

El mercader de Venecia

por HARRY LIEDKE

Gran éxito, en las selectas Ediciones
Especiales de La Novela Semanal Cine-
matográfica, de

Sangre y Arena

por Rodolfo Valentino.

Está a punto de aparecer

Aguilas triunfantes

por Rod La Rocque.

Adaptación de la novela de Sir A.
Conan Doyle

EL BRIGADIER GERARD

CHANG

es la mejor novela de aventuras